

PASIÓN DE SAN JUSTINO MÁRTIR. (S)

Cuando Cristo, nuestro Dios, nació de la Virgen, un edicto imperial resonó por el mundo, para que se realizara un censo de todo el orbe: sin duda porque en carne apareció aquel que en el cielo inscribiría a todos los elegidos, a quienes la profesión de fe sagrada habría recomendado. Quienes la observen dignamente, con buenas obras, que son como un censo agradable al Señor, son inscritos como ciudadanos de la ciudad celestial. Este censo lo exhiben ambos sexos, toda edad, como lo testifica el ejército de muchos mártires: no solo compuesto de hombres, sino también de mujeres; y no solo los maduros en edad sufrían el martirio, sino que leemos que muchos por Cristo y la fe católica, sufrieron en tierna edad: de los cuales el santo Justino, un niño de nueve años, cómo a través de la pasión migró al Señor, el texto siguiente lo demostrará a quienes deseen saberlo.

Durante el cruel Diocleciano, que junto con Maximiano, mantenía la monarquía del imperio romano, se desató tal persecución contra los cristianos, que se aplicaban todos los tipos de penas, dondequiera que se encontrara a alguien que estuviera bajo el título de esta profesión. Y para que nadie pudiera esconderse en refugios, se tendían trampas por todas partes de esta manera, que obligaban a los que pasaban a rendir culto a la idolatría. No se les permitía comprar ni vender nada. Ni siquiera se les daba licencia para sacar agua, antes de que ofrecieran incienso a los detestables ídolos.

En ese tiempo había un prefecto en la Galia, pérfido, feroz, cruel, odiador del nombre de Cristo, y furioso contra los cristianos, llamado Riciovaro; a quien los príncipes mencionados anteriormente enviaron para que persiguiera a los santos en la Galia, y se convirtió de inmediato en un ávido asesino de santos. Y al entrar en la ciudad, llamada Basilea, donde el río Ara desemboca en el Rin, ordenó que muchos cristianos fueran ahogados allí. Así, en todos los lugares, emitió un edicto impío, para que ningún cristiano fuera permitido vivir, a quienes decretaba quitarles la vida a través de tormentos.

En ese tiempo, en Autun, había un hombre bueno y justo, llamado Mateo, y tenía dos hijos, Justiniano y Justino. Pero Justiniano había precedido en nacimiento carnal: Justino, sin embargo, lo había superado en edad de costumbres, vistiéndolo la vejez a través de una vida inmaculada. Quien, habiendo sido consumado en breve, cumplió largos tiempos, con la alabanza de sus méritos permaneciendo por los siglos: porque se sabe que su alma agradó a Dios.

Antes de que naciera, su hermano mayor, ya mencionado Justiniano, fue capturado por los enemigos y llevado lejos de la casa paterna. El bienaventurado Justino, desde su infancia, dedicó su mente constantemente a las cosas divinas, con el progreso diario dado por la gracia de Dios. Quien, dotado de dones espirituales de virtudes, entre otras cosas, Dios le concedió primero que tuviera a menudo el conocimiento de lo futuro. Entonces, por revelación, fue instruido por Dios sobre la servidumbre de su hermano y sobre su amo, que se llamaba Lupo, habitante de Amiens: cuando esto le fue revelado por el Señor, se apresuró a contárselo a su padre, instándolo a emprender el camino para redimir a su hermano; a lo que su padre le respondió de esta manera: Oh, hijo, dijo, ignoro cuál es el camino hacia allí, y por eso confieso que no sé qué hacer.

Entonces el santo niño Justino se enciende en ánimo, y recorrió toda Autun, por si se encontrara a alguien que les guiara en el camino. Pero como no se encontraba a quien buscaban, el bendito niño regresó y se lo anunció a su padre, diciendo que no debían cesar en el viaje. Vamos, dijo, padre, con Cristo como nuestro compañero, quien no permitirá que se

nos frustré nuestro deseo, que tenemos en mente sobre la redención de nuestro hermano. Y con Cristo como guía del camino que debemos atravesar, nada nos será adverso, nada será contrario, para que caminemos ilesos y regresemos sanos y salvos.

A estas palabras del hijo, el padre respondió: Podría, dijo, oh hijo dulcísimo, soportar tal viaje, confiando en mis fuerzas. Pero temo que tú, siendo un niño, no puedas, y que la debilidad de tu cuerpo, fatigado, te haga desfallecer. Respondiendo el santo Justino, dijo a su padre: Soy, dijo, siervo de Cristo, en quien confío, y siempre debes saber que me encomiendo a Él. Vayamos, pues, en su nombre adorando, encomendándole todo el efecto del viaje, y lo que a Él le plazca de ello, sea para nosotros amable.

El padre accedió a estas exhortaciones del hijo, y tomando lo necesario para el viaje, comenzaron a partir de Autun. Y cuando el día comenzaba a declinar hacia la tarde, fueron recibidos en el castillo de Milidón, donde descansaron durante el espacio de esa noche: allí, en la puerta del castillo, se encontraron con un pobre, que cojeaba y carecía de vista, a quien la negra hambre y la desnudez afligían: cuando se enteró de la presencia de Justino, mendigó que le diera limosna, para que pudiera aliviar su alma casi extinta por el hambre. Entonces el bendito niño sugirió a su padre que se le diera alimento al hambriento, y obteniendo el sustento del padre, calmó su hambre: él mismo, despojándose de su túnica, se esforzó por cubrir su desnudez, brindando así doble ayuda al necesitado.

Entonces el padre, algo molesto con él, comenzó a reprenderlo por lo que había hecho, llamando a su acto piadoso un desperdicio. No, dijo el santo Justino, no llores a esto desperdicio, por lo cual se nos promete la bienaventuranza, como dice el Espíritu Santo a través del salmista David: Feliz el que se preocupa por el pobre y el necesitado, cómo en el día malo Dios lo libera. Y no se ve obligado a temer el mal. El día malo para los reprobos es el día del juicio, cuando son condenados por Dios a la destrucción eterna, ardiendo en el fuego eterno junto con el diablo. Temen el mal en el juicio, cuando la voz del tribunal de Cristo resuena terriblemente, diciendo: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno. En este día malo, en el que los impíos son condenados, se merece ser liberado quien da limosna, para que no lo aterrorice ese mal juicio: sino que más bien se le diga con la boca de Cristo juez que se acerque al reino de Dios, por las limosnas que dio a los hermanos más pequeños de Cristo. Ves, padre, cuánto bien compensaremos, cuando de lo que tenemos ayudamos al necesitado, y por eso no busquemos lo que se dio al mendigo.

Así, en Milidón descansaron de noche, y al amanecer aceleraron su viaje, y con Cristo guiándolos, llegaron a París, donde fueron recibidos por un hombre llamado Hipólito, a quien le contaron toda la causa por la que habían venido, a saber, que buscaban a su hermano cautivo, y por lo tanto Hipólito se mostró muy humano con ellos, y después de haberlos alimentado, los despidió en paz, para que continuaran su viaje con la ayuda de Dios.

Entonces, partieron y llegaron al río Isara; y cuando debían cruzarlo, no encontraron allí ninguna barca. Cuando el padre del santo niño se molestó por esto, el bendito Justino, iluminado por el cielo, le dio a su padre perturbado un presagio. Aunque, dijo, ahora no hay una embarcación a la vista, no debemos preocuparnos por el viaje: porque se me ha mostrado un consuelo por Cristo. Un hombre con una barca se nos acercará, y nos ofrecerá su ayuda sin demora, para que podamos cruzar este río presente. Mientras el niño aún hablaba con su padre, he aquí que un barquero vino con su barca, tal como el santo había predicho en espíritu profético.

Entonces, acercándose al que había venido con la barca, le pidieron que los ayudara a cruzar el río, ofreciendo el justo precio de la navegación. El barquero accedió de buena gana a lo solicitado, pero cuando ellos quisieron pagarle el pasaje debido, él no aceptó nada, prestando su ayuda gratuitamente. Ellos, apresurándose, llegaron a Amiens, e inquirieron sobre la casa de Lupo, el amo de su hermano: una vez encontrada, le presentaron súplicas. El primero en hablar fue el santo Justino, diciendo: Hemos venido a tu clemencia, oh Lupo, para que nos devuelvas libre a nuestro hermano cautivo. Sabemos que está bajo tu cuidado. Y para redimirlo, hemos traído nuestra pequeña sustancia para ofrecerla ahora por tu gracia.

Entonces Lupo comenzó a preguntar quiénes eran, y supo que eran verdaderos cristianos, y que vivían en Autun. Nuestro hermano, dicen, por quien hemos venido aquí, y a quien intentamos redimir de la cautividad, se llama Justiniano, y es tu doméstico. Yo, dijo Lupo, os ofreceré hospedaje, y os mostraré a todos mis siervos, y si vuestro hermano está aquí, que sea redimido por un precio. Así, cuando entraron en la casa de Lupo al anochecer, les mostró a sus doce siervos, entre los cuales no se encontraba el que buscaban. Sin embargo, el bendito Justino, mirando alrededor, vio a un niño que estaba aparte de ellos, llevando una lámpara encendida en sus manos. Este era el hermano del glorioso niño Justino, capturado antes de su nacimiento, y nunca antes visto por él.

El bendito Justino, lleno del Espíritu Santo, sin que nadie le enseñara, reconoció de inmediato a su hermano, hasta entonces desconocido. En verdad, la mente de los santos, cuando se adhiere al Señor, es instruida por Él sobre las cosas internas y ocultas, y es enseñada sobre cosas desconocidas por el espíritu profético. Esto lo muestra el libro que narra los hechos apostólicos, donde se lee frecuentemente: Dijo el Espíritu Santo, ya sea a Pedro, a Pablo, o a cualquier discípulo. De esta manera, cuando el santo Justino reconoció a su hermano, se lo reveló de inmediato a Lupo, quien lo tenía cautivo: Ese, dijo, que lleva la lámpara en la mano, es mi hermano. Por él, mi padre ha venido a ti, y como prometiste, sé benevolente con nosotros, para que podamos regresar a nuestro hogar con nuestro hermano.

Al escuchar esto, su hermano quedó atónito, porque nunca antes lo había visto y así fue reconocido. Los presentes se maravillaron ante el hecho insólito. Los fieles se regocijaron, alegrándose en el Señor, y por tan gran virtud dieron gracias a Dios, y con alabanza repitieron frecuentemente el nombre de Cristo. En ese mismo tiempo, había hombres de redes, enviados del juez mencionado; quienes, al reconocer que eran cristianos, rápidamente lo anunciaron a su señor, por si quisiera ordenar algo sobre ellos, según las leyes promulgadas contra los cristianos.

Entonces, el juez envió de inmediato a quienes los trajeran. Si no querían seguirlos, ordenó que fueran encarcelados, hasta que pudieran ser presentados oportunamente ante él. Mientras tanto, Lupo, quien los había recibido en su casa, los despertó durante las horas nocturnas, y los instó a irse antes del amanecer. Vinieron tarde, dijo, aquí los hombres del prefecto, quienes, al saber que eran cristianos, se apresuraron a anunciarlo al prefecto. Llevad, pues, a vuestro hermano, por quien habéis venido, no exigiré el precio de la redención, solo huid de aquí de los perseguidores.

Ellos, como se les había instado, partieron rápidamente, y pronto llegaron los enviados por el juez; quienes, si los encontraban, los capturarían. Y cuando no encontraron a quienes buscaban, regresaron al prefecto que los había enviado, narrando que ya se habían ido de esa casa. Entonces el prefecto ordena rápidamente a cuatro jinetes que los persigan con la mayor velocidad, y los lleven de inmediato a su tribunal. Si se resistían, ordenó que fueran ejecutados.

Así, montando en caballos, los persiguieron rápidamente hacia donde se dirigía el santo niño Justino con los suyos. Hay un lugar antiguo llamado Lupera, al que, cuando se acercaban, no estaban lejos de los crueles verdugos enviados por el prefecto. Entonces Justiniano habló al santo Justino; Ves, dijo, que aquí hay una oportunidad para sacar agua y reponernos con comida. Si te parece bien, descansemos un poco para partir pan, y con un sorbo de agua apagar la sed, y así podremos continuar mejor. A lo que el bendito Justino, ya sabiendo lo que vendría, respondió: Si planeáis tomar algo de aquí, será necesario hacerlo rápidamente. He aquí que se acercan los enviados del juez, quienes, si pueden, deben llevarnos al juez, y entregarnos para sufrir tormentos. Por lo tanto, os ruego, si queréis, apresuraos a reponeros; yo estaré vigilante, por si alguien viene, que nos aceche por mandato del juez. Y si alguien nos sorprende, yo hablaré con él; y vosotros entrad y escondéos en la cueva presente.

Estas palabras del santo niño se cumplieron proféticamente, pues pronto se cumplieron sus palabras sobre los enviados por el juez. Porque mientras hablaba, aparecieron los cuatro que el prefecto había enviado para capturarlos, o si no podían, entonces matarlos. Al verlos, los demás se refugiaron en la cueva; pero el bendito Justino permaneció intrépido, destinado por Cristo a la gloria del martirio. A él se acercaron los mensajeros del juez, preguntándole quién era, cuál era su profesión, quiénes eran o dónde estaban sus compañeros. A lo que él respondió todo ordenadamente, diciendo: Yo, dijo, soy llamado Justino, y con alegría me declaro cristiano: y porque sois perseguidores de este nombre, por eso no puedo traicionar a mis compañeros, para que no sean sometidos a tormentos por mi causa. A menos que, dijeron, nos los entregues rápidamente, debes saber que serás ejecutado por nuestra espada, tanto por negarte a decirnos esto como por ser adorador de Cristo.

Respondiendo el santo Justino, dijo a los verdugos: Nos promete el santo Evangelio que quien pierda su vida por Cristo, la conservará en la vida eterna; y por eso no temo sufrir tormentos por Él, prefiriendo morir por su amor que vivir ofendiéndolo. Pero lo que me ordenáis, que traicione a mis compañeros, el santo Evangelio también lo prohíbe, mostrando el mismo Señor que no quiere que esto se haga. Pues cuando en la pasión que sufrió por nosotros, fue instado a traicionar a sus discípulos, no quiso ser delator de ellos, y cuando fue capturado por los perseguidores, ordenó que sus discípulos fueran dejados ir, para que no perdiera a ninguno de ellos, como ya había dicho. Por lo tanto, sabed que no haré ninguna de las dos cosas. Ni negaré el santo nombre de Cristo por miedo a la muerte, ni traicionaré a mis compañeros contra el Evangelio.

Ante estas enseñanzas, los mensajeros se enfurecen, y mutuamente se animan a preparar la muerte del santo, a quienes la ira no les permite esperar ni un poco. Así, desenvainando finalmente una espada, uno de ellos le cortó la cabeza, mientras los demás lo animaban. Así, con gloria y alabanza, el mártir ascendió al cielo, teniendo un doble premio por su doble propiedad, porque perseveró en la confesión de Cristo, y amó a sus prójimos hasta la muerte: deleitándose en los dulces preceptos de Cristo, que nos ordenó no temer a aquellos que matan este cuerpo, como un texto para las venas débiles. En esto, aconsejado por el santo apóstol Juan, quien, así como Cristo puso su vida por nosotros, así dice que también debemos hacerlo por los hermanos.

Por lo tanto, para declarar cuánta gloria tenía, el mismo venerable mártir, muerto por el Señor, se muestra de inmediato un milagro glorioso. Pues al ser cortada su sagrada cabeza, el cuerpo truncado, tomándola en sus manos, se mantuvo inmóvil ante sus verdugos. Asustados por el terror de este prodigio, los perseguidores huyen, sin atreverse a quedarse, al ver al santo realizar tan gran milagro. Sus padres, saliendo de su escondite, ven el santo cuerpo de

su hijo permaneciendo inmóvil, maravillados de que llevara su cabeza cortada en las manos. Varias cosas pasan por su mente sobre su martirio, mientras consideran que gozaría de tal gloria, y nuevamente la naturaleza les sugiere llorar por él: sin embargo, se preocupan principalmente por dónde sepultar el sagrado cuerpo, y se consultan mutuamente sobre esto.

Mientras discutían, la cabeza del bendito Justino, que llevaba en sus manos, maravillosamente comenzó a hablarles claramente, enseñándoles sobre la sepultura de su cuerpo: Id, dijo, al lugar llamado Lupera, y sepultad allí mi cuerpo; llevad mi cabeza a mi madre, para que muestre su afecto natural hacia ella, y tenga este recuerdo de mi amor: si ella está retenida por el deseo de mí, que se esfuerce por seguirme al paraíso, donde las almas de los santos descansan felizmente.

Entonces, como el santo mártir Justino había ordenado, acondicionaron su cuerpo y lo sepultaron allí, donde él mismo había señalado el lugar con su nombre; y llevaron su cabeza a su madre: quien la recibió con alegría, dando gracias a Dios, porque había acogido el alma inocente de su hijo: A ti, dijo, Cristo, honor, alabanza y júbilo, porque te dignaste a recibir a este niño, y asociarlo con tus santos mártires. Y tú, bienaventurado Justino, hijo mío dulcísimo, que entraste en el reino de Cristo con la palma de la victoria, allí acuérdate de mí en tus intercesiones.

Mientras su madre oraba con lágrimas, una gran luz resplandeció sobre la morada, donde se había colocado la santa cabeza. Esta luz iluminó todo alrededor, de modo que se maravillaron quienes estaban en la ciudad: era de noche cuando ocurrió este milagro. En esos días, en Autun, gobernaba la sede episcopal un hombre amante del Señor, adornado con los dones de los carismas divinos. Cuando vio el esplendor enviado desde el cielo, ordenó a tres presbíteros que fueran a la casa de Mateo para investigar diligentemente sobre el prodigio. Mateo les relató todo en orden, cómo había sucedido con el santo Justino, tanto sobre su pasión como sobre el cuerpo sepultado; añadió también sobre la cabeza llevada a su madre, y cómo la luz del cielo había iluminado toda la casa a la tercera hora de la noche.

Los presbíteros informaron todo esto a su obispo, quien de inmediato convocó a todo el clero para dar gracias al Omnipotente por el milagro. Finalmente, este hecho se hizo conocido por el pueblo: todos acudieron con alegría, glorificando al mártir, o más bien al Señor, que lo había glorificado de esta manera. Mientras tanto, por orden del santo obispo Amador, la santa cabeza fue colocada dignamente en un féretro y llevada con honor e himnos a la iglesia, y en el lugar que el obispo había preparado para ella, allí fue venerablemente depositada: donde el santo mártir realiza muchos beneficios.

Para confirmar su poder con Dios, mientras se celebraban las exequias dignas para la sagrada cabeza, una joven ciega vino y regresó viendo claramente; tenía dieciséis años, y al venir al servicio del mártir, dijo: Ayúdame, bienaventurado mártir de Cristo, ayúdame, para que, por tu intercesión, el Señor Cristo me conceda la vista que me ha sido negada durante tanto tiempo, para que su nombre sea alabado en tu martirio. Dijo esto, y ante todo el pueblo, inmediatamente, con la vista de sus ojos restaurada como pedía, se regocijó en la glorificación del mártir. Nuevamente, todo el pueblo, gozoso, dio gracias, alabando al Salvador Jesucristo nuestro Señor, a quien sea el honor y el poder por los siglos eternos. Amén.